

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VII.

### EL LIBRO DE MEMORIAS DE MONTALT.

El Círculo de los Estrangeros estaba situado en la calle de San Honorato, un poco mas allá del palacio real. Era una casa de juego que se daba la importancia de club, y que robaba en parte su fisonomía á los infiernos de Lóndres.

Jugábanse allí sumas enormes á la inglesa, con traje negro, corbata blanca y zapato bajo.

Montalt asistia allí ordinariamente para matar las horas de su enojosa ociosidad. Habia dias en que le entusiasmaba el juego y en que encontraba algunas emociones en las peripecias que se sucedian en torno del tapete verde.

Aquella mañana iba á pedir á las cartas no emociones, sino el olvido. Hacia muchos años que no le habia gritado tanto la conciencia y le asediaban sus recuerdos evocados.

Estaba descontento de sí mismo; echábase en cara amargamente lo que él llamaba debilidad: hubiera querido que su sorda cólera hubiese recaído sobre alguno.

En una palabra, estaba en esa situacion en que los nervios alterados piden un choque, y en que los médicos os recetarian naturalmente una buena que-rella como medida higiénica.

Bajo ese punto de vista iban á satisfacerse completamente los deseos del nabab, gracias al trabajo que nuestros tres caballeros se habian tomado.

En el momento en que su carruaje se paraba delante del club, dejaba aquel sitio un coche.

Una cabeza de mujer se inclinaba en la ventana y se habia retirado precipitadamente á la vista de Montalt, que no la habia advertido.

La dama miró por la otra ventanilla é hizo un signo con la mano á un jóven que permanecía de pié en la puerta.

Este saludo graciosamente y el carruaje desapareció.

Montalt bajó á la acera.

Nuestro jóven, vestido á la última moda y pudiendo ser acusado de exageracion en su elegancia, se llevó á los ojos un magnífico lente de oro.

El nabab, que no lo advertia, se preparó á entrar.

Nuestro jóven le tocó en el hombro.

—Una palabra, milord, le dijo.

El nabab se detuvo.

—¿Es á lord Berry Montalt á quien tengo el honor de dirigirme?

—Sí, respondió el nabab.

—Soy el conde Alain de Pontalés.

Montalt, que no se habia dignado mirarle aún, se estremeció ligeramente y levantó los ojos.

—Ah! ¿y qué me quereis?

—Tengo que pedir os una esplicacion, milord.

—¿Conoceis á la marquesa de Urgel?

—No sé! respondió Montalt.

—¡Cómo! no sabeis! . . . repitió el jóven levantando la voz.

—No señor. ¿Era eso todo lo que tenáis que decirme?

El pequeño Pontalés salia del carruaje de Lola y tenia la imaginacion exaltada. La fria indiferencia del nabab le hizo sonrojarse.

—Tengo que decir os, milord, prosiguió dando á su voz inflexiones provocativas, que es indigno de un caballero evitar por medio de una pretendida ignorancia las consecuencias de una cobardía. Habéis insultado á una mujer, á una mujer á quien amo, milord, á quien me glorío de amar.

Montalt le dirigia una mirada fria y fina. Hubiérase dicho que en las facciones del jóven buscaba un recuerdo.

—Os pareceis á vuestro padre, Mr. de Pontalés,

dijo al fin. Ignoro si he insultado á vuestra querida, pero me desagradais, caballero.

—Entonces vamos á entendernos.

Montalt sacó su libro de memorias.

—Vamos á entendernos, Mr. de Pontalés, prosiguió, porque no soy de los que escogen sus adversarios, y me importa poco cuando hago ánimo de batirme de tener que cruzar mi espada con un verdadero caballero ó con el hijo de un bergante encubierto con la piel de conde.

—Caballero, exclamó Pontalés, que retrocedió un paso palideciendo.

El nabab habia abierto el librito y humedecido la punta del lápiz.

—A las seis es ya de dia, dijo. A las seis menos cuarto estaré mañana en el bosque de Boloña, puerta de Orleans. ¿Armas?

—Espada.

El nabab escribió:

“Mr. de Pontalés á las seis menos cuarto.”

Luego saludó con la mano y subió la escalera del Círculo.

Habia muy pocos concurrentes en la sala de la treinta y una, en que Montalt jugaba ordinariamente.

Allí era donde casi todos los dias se encontraba al señor caballero de Las Matas y á sus dos compañeros.

Recorrió la estancia con la vista: buscaba al ca-

ballero, pero no lo vió en los pocos grupos que hablaban antes de sentarse en la mesa del juego.

Sin embargo, Roberto no estaba lejos: ocultábase detrás de la puerta entornada de una sala próxima, y su dedo extendido enseñaba á Vicente de Penhoel el nabab, que estaba de pié á su lado.

Vicente hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué! murmuró, ¿estais seguro?

—Segurísimo, contesto Roberto.

Vicente bajó la cabeza y demostró indecision.

Repentinamente se irguió y sus ojos brillaron con gran placer del Americano, que vió realizado el asunto.

—Sí, sí, murmuraba hablándose á sí mismo; es verdad, los dos negros....

Recordaba en aquel momento haber visto á los dos negros junto al nabab en el buque de vapor.

—¿Queréis prestarme seis luises? dijo á Roberto.

Este se apresuró á buscarlos en el bolsillo.

—¡Sobre todo no me nombreis! murmuró mientras que Vicente de Penhoel entraba en la sala de la treinta y una.

Este último atravesaba lentamente la distancia que le separaba del nabab.

La fisonomía de Montalt se animó al verle.

—¡Cómo! ¡No me engaño! exclamó; he aquí á nuestro jóven marino breton.

Y le presentó la mano cordialmente.

La mano de Vicente permaneció inmóvil junto á su cadera.

Tenia la cabeza erguida y bajos los ojos.

—Milord, dijo, he contraido con vos dos deudas; la primera consiste en el dinero prestado, y la pago dovolviéndoos estas monedas de oro.

Un criado del Círculo pasaba llevando en una bandeja paquetes de barajas nuevas.

—José, dijo el nabab.

El criado se acercó.

Montalt le puso en la mano los seis luises de oro.

—Toma para que bebas un trago á mi salud, dijo.

Luego añadió, volviéndose hácia Vicente:

—A lo que veo ya estamos en paz.

—Todavía no, contestó Penhoel, porque me resta que pagaros el segundo favor que me habeis hecho.

—¿Cuál? preguntó el nabab con su pretendida afectacion.

—Me habeis salvado la vida, milord.

—Es verdad, dijo Montalt; lo habia olvidado.

—Yo lo recuerdo siempre, y en lugar de mataros como debia y como tengo derecho para hacerlo, os ofrezco un saludo.

Montalt miró al jóven con sorpresa.

No habia medio para creer aquello una broma, porque la fisonomía de Vicente tenia esa espresion sombría y casi salvaje que ya le hemos visto en el momento del suicidio. En sus facciones, escualidas por el sufrimiento, habia una cólera sorda y reconcentrada; sus ojos amenazaban y su voz estaba casi para estallar.

Era un niño enérgico y arrogante cuya cólera no

se gastaba en vanos insultos. Tenia la calma de la fuerza.

El nabab no comprendia nada de esa escena.

—Amiguito mio, dijo, ¿con que tambien hemos perdido parte de la razon? Desearia saber por qué razon queriais matarme.

—¿Por qué quiero mataros? replicó Vicente, cuyas cejas se arquearon.... Recordareis, milord, que en otra época os referí la historia de una niña que se habia dormido pura en un canastillo de flores la víspera de una fiesta, y que despertó.

—Lo recuerdo, caballero, interrumpió precipitadamente el nabab, cuyas mejillas palidicieron repentinamente.

—El hombre que se deslizó hácia aquel canastillo, prosiguió Vicente, no tenia en este mundo mas que un objeto y una esperanza, reparar su falta á fuerza de sacrificios y de amor.

—Cuando se tienen veinte años, murmuró el nabab, que parecia hacer sobre sí mismo un doloroso esfuerzo, se tiene siempre el corazon dispuesto á eso.

—Despues de dos meses de investigaciones, prosiguió de nuevo Vicente, dos meses de miseria y de sufrimientos, habia hallado el culpable á su víctima! Iba á caer de rodillas á sus piés y á darle su vida entera, cuando un miserable ha ido á robarle la jóven.

¿Sabeis el nombre de ese miserable, milord?

—¿Cómo lo he de saber? preguntó Montalt.

Vicente le dirigió una mirada severa y penetrante.

—¡No mintais! dijo, mientras que el nabab se erguia instintivamente á este insulto. Vos sois, milord, el que la habeis robado! Lo sé, estoy seguro!.... y he aquí de qué manera os pago mi deuda. Os digo: Volvedme mi prometida.... volvédmela tal como ha entrado en vuestro palacio. Os creeré si me afirmais que aun es tiempo.

El nabab no comprendia, porque ignoraba la expedicion nocturna verificada en su carruaje y con sus negros por Eduardo y Leon de Saint-Remy.

—Agradezco vuestros sentimientos hácia mí, monsieur Vicente, dijo sin experimentar aún otro sentimiento que la sorpresa; pero me es absolutamente imposible devolver lo que no he tomado.

—¿Rehusais? murmuró Vicente apretando los dientes. ¡Ay de vos, milord!

—Amenazad, insultad, replicó Montalt; podreis armar mi mano de una espada, Mr. Vicente, pero no podreis enfadarme. Tengo la conviccion íntima de que obrais de buena fe, pero de que estais engañado.

Vicente guardó silencio por un momento.

—Milor, prosiguió en seguida, os he ofrecido la vida y vos no la quereis. Ahora es cuando estamos en paz. Caiga sobre vos mismo vuestra sangre. Yo me tomo la justicia con mis propias manos, porque soy un proscrito y no puedo pedir proteccion á las leyes de mi país.

Montalt sacó de nuevo su libro de memorias.

—¿Con qué arma quereis inmolarme, mi jóven amigo? preguntó.

—¡Con la espada! respondió Vicente, y veremos si mañana os chanceais así, milor.

—Mañana, repitió Montalt, tengo á las seis menos cuarto una cita, y por consecuencia estaré libre á las seis. ¿Os conviene ir á buscarme á esa hora á la puerta de Orleans, al bosque de Boloña?

—Sí.

Montalt escribió debajo del primer renglon: "Mr. Vicente á las seis."

Este volvió la espalda y se retiró, mientras que el caballero de Las Matas se frotaba las manos detrás de la puerta de la sala inmediata.

Instalábase el juego, y el banquero barajaba las cartas de la treinta y una.

Los aficionados tomaban asiento en torno de la mesa.

En ese momento pasaba otra escena en el vestíbulo del club.

No entraba todo el que queria en el Círculo de los estranjeros; necesitaba ser presentado por un sócio.

Enrique y Roger acababan de ser detenidos en la antecámara por el empleado encargado de reconocer á los concurrentes: habian insistido por conseguir la entrada, pero era inflexible la consigna.

Felizmente desde por la mañana representaban

nuestros tres caballeros en torno de Berry Montalt el papel de azar, ocasionándole aventuras.

Al retirarse Enrique y Roger, cansados de solitar, encontraron en la puerta exterior á aquel buen señor que les habia hablado en la fiesta del nabab.

El noble baron Bibandier apareció encantado con el encuentro, ofreciéndoles un cordial apretón de manos.

—Ehl ehl ehl... dijo; se viene á consolarse de los pesares de amor con el juego...

Era la Providencia.

—Caballero, dijo vivamente Roger, se niegan á dejarnos entrar. ¿Podeis ayudarnos á vencer ese obstáculo?

—¡Oh, sí!

Y se adelantó con paso magistral é importante hácia el empleado de la entrada, le dijo algunas palabras al oído, y el empleado le saludó.

—Venid... venid... mis jóvenes amigos.

Las puertas del círculo se abrieron para Enrique y Roger; no tuvieron que tomarse el trabajo de dar las gracias á su introductor porque en tres zancadas habia atravesado la sala, reuniéndose al caballero de Las Matas, fijo siempre en su puesto de observacion.

—¡Bravo! dijo Roberto; ya le he echado un buen par de perros.

—¡Cómo dost!

—Primero Pontalés y despues ese enamorado de

Vicente, vuelto de no sé dónde espresamente para proteger nuestros planes.

—¡Chut! hizo Bibandier. Ya empieza el baile.

En efecto, Enrique y Roger llegaban al nabab.

Este habia llegado al extremo de su mal humor. La primera querella que habia encontrado en su camino le habia causado mas alegría que sentimiento. Pero la provocacion de Vicente restablecia el equilibrio, volviéndole á sus sombrías ideas.

Montalt no fatigaba su indolencia indagando mucho tiempo la causa de ese extraño reto; pero sufría una impresion triste y se le oprimia el corazon.

Estaba en esa situacion moral cuando vió venir á Enrique y Roger.

El jóven pintor tenia el rostro pálido y la mirada indecisa; los ojos de Roger brillaban y le refluía al rostro toda la sangre.

Montalt no se acordaba ya de lo que Seid le habia dicho acerca de los dos jóvenes. Su aspecto le causó únicamente sorpresa, porque nunca los habia visto en aquel lugar.

—¿Por qué casualidad.... comenzó.

Enrique le interrumpió:

—Quisiéramos hablaros á solas, milor, dijo con tono frío y grave.

Habia saludado al nabab. Roger por el contrario permanecia inmóvil delante de él.

Montalt los miró sucesivamente y tuvo un vago recuerdo de las palabras que se le habian dicho.

—Al hecho, murmuró; no lo he soñado. Se me ha dicho que quereis abandonarme.

—Queremos hacer mas, milor, replicó Roger, que á pesar suyo levantaba la voz.

—¡Silencio! dijo Enrique; me has prometido dejarme hablar.

El nabab, que no separaba de ellos la vista, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Ah! ya! exclamó! ¿Será que tambien vosotros quereis retarme? ¿Os habré robado tambien vuestras amadas?

—¡Milor! ¡milor! interrumpió Roger, cuya cólera le hacia hervir la sangre, os aseguro que ahora están demás las bromas; no necesita de estímulo nuestra venganza.

Montalt abrió los brazos é hizo un gesto como de hombre que cae de las nubes.

—Apostaría á que es este un plan ó un acuerdo. Ya he adivinado, señores, que venís á desafiarme.

Roger abrió la boca para contestar.

Enrique le detuvo.

—Milor, dijo con voz lenta y triste, os queremos con un afecto lleno de reconocimiento y respeto. Creo tambien que nos profesais algun cariño. A veces las apariencias engañan.

—¡Las apariencias! replicó Roger encogiéndose de hombros; cuando se ha visto como nosotros....

Enrique le impuso silencio con un gesto.

—Desearia haberme engañado, replicó, milor; se trata no solamente de vos, sino de dos jóvenes.

—¡Dos! interrumpió Montalt sonriendo; ya son cuatro.

Alguna sangre refluyó á las mejillas del pintor.

Sin embargo, prosiguió con la misma calma:

—Se trata de la felicidad de mi vida y de la de Roger. Nosotros dos, milor, á quienes habeis tratado como hermanos, cual unos hijos, no teniamos, como sabeis, mas que una sola esperanza y un solo amor.

—Mlle. Diana y Mlle. Elena, murmuró el nabab; no tengo la felicidad de conocerlas.

—Decís que no las conoceis, interrumpió Roger. ¡Ah! caballero, ¡mentís! mentís!

Las cejas de milor se arquearon ligeramente.

—Es claro como el dia, murmuró, que mis dos jóvenes hermanos, mis queridos hijos, para usar las mismas palabras de Enrique, están decididos á degollarme.

Enrique seguia fijando en él su dolorosa mirada.

—Milor, no os insulto, prosiguió con voz que la emocion hacia temblar, y os suplico que dispenseis á mi amigo. ¡Es muy desgraciado! ¡Si pudiérais conocer lo que desde ayer sufrimos!

Montalt hizo un gesto de impaciencia.

Tal vez no era muy sincera desde ese momento la completa ignorancia que afectaba.

Tal vez, y á pesar de los nombres de Berta y de Luisa que las dos hijas del tio Juan se habian dado para con él, sospechaba ya vagamente la verdad; pero el elemento contrariador y fantástico de

su carácter estaba vivamente escitado; recibia desde por la mañana herida sobre herida y no necesitaba tanto para escitar en alto grado su orgullo.

Además, no habia lado por donde cogerle; volvíase el hombre duro, intratable, irascible, respondiendo á preguntas emanadas del corazon con burla fria, y obstinándose con placer en su papel implacable.

Roger soportaba con trabajo las fórmulas usadas por el joven pintor; pero éste retardaba la hora de la cólera, no tanto por Montalt cuanto por la misma Diana, que creia perdida.

Dudaba cuanto podia: forzabase á dudar; su confianza era grande como su amor.

—Os suplico, dijo, que no presteis atencion mas que á nuestro sufrimiento, y respondednos; decid que nos hemos engañado; dadnos una prueba, la menor.

Berry Montalt calló.

La rabia ahogaba á Roger.

—Sabemos, prosiguió Enrique, que á veces se apodera de vos el capricho de ocultar vuestra bondad bajo apariencias de fingida rudeza; pero vednos con el corazon desgarrado; no juguéis con nuestro sufrimiento.

El nabab hizo un gesto.

—Señores, dijo, siguiendo la impulsión de su naturaleza, que lanzada una vez en el mal camino exageraba el bien como el mal, he conocido en los años de mi vida á muchas jóvenes, morenas, rubias

y de otros colores. He procurado divertirme lo mas que he podido, y si fuera preciso sufrir sermones semejantes en castigo de mi buena fortuna, renunciaria á ella.

—Entonces, dijo Enrique, cuya cabeza tranquila y severa se irguió, ¿rehusais toda esplicacion, milor?

—Prefiero batirme.

—Escoged entre los dos, dijo Enrique con voz baja y sombría, y que el combate sea á muerte.

—A mí, exclamó Roger, me escogereis á mí, porque os digo que sois un cobarde y un infame. No queria creer á los que aseguraban que llevábais vuestro desenfreno hasta el mas vergonzoso esceso; pero ahora lo he visto, Berry Montalt. Sois un miserable sin corazon y sin honor, y si mañana no es mia vuestra vida, será porque me habreis muerto.

El nabab sacó de su bolsillo el fatal libro de memorias.

—Ni uno ni otro, murmuró trazando con el lápiz algunas líneas.

La rabia ahogaba la voz de Roger.

—¡Y bien! dijo Enrique, ¿cuál escogéis?

—Los dos, amigo mio, Mr. Enrique de Moreau á las seis y cuarto, Mr. Roger de Launoy á las seis y media. Os suplico me dispenseis el que yo mismo fije la hora; pero no habeis venido los primeros.

Enrique hacia algunos minutos que se apoyaba

sobre el brazo de Roger para evitar que se lanzara sobre el nabab.

Este saludó y se alejó diciendo:

—Bosque de Boloña, puerta de Orleans, señores. Hasta mañana.

La escena habia pasado en una de las estremidades de la sala; Montalt se acercó á la mesa de juego, tomando asiento entre los jugadores.

Puso delante de él un paquete de billetes de banco.

Tal vez no se habia visto nunca su fisonomía tan indiferente.

Enrique habia sacado á Roger fuera del club.

Hacia cerca de un cuarto de hora que el nabab estaba sentado delante del tapete verde segun su costumbre con magnífico estoicismo, cuando se oyó un vago rumor en la antecámara.

Despues de algunos segundos de voces bastante altas, se abrió la puerta é hizo su entrada un personaje como tal vez no se habia visto nunca en el Círculo de los extranjeros.

Los criados le habian rehusado mucho tiempo el paso, y al fin no habia necesitado mas que pronunciar con autoridad el nombre de Berry Montalt para que se le introdujese en el Círculo.

Al parecer no habia diferencia apreciable entre un mendigo y el personaje cuya entrada hemos anunciado.

Era un anciano de elevada estatura, cuya cabeza, encorvada sobre el pecho, estaba coronada de

escasos cabellos blancos como la nieve. Llevaba el traje de aldeano de hechura antigua y gastado extraordinariamente; su calzado consistía en albarcas llenas de paja.

El ruido inusitado que su paso producía sobre el piso de la sala hizo volver la cabeza á todos los concurrentes. Solo Montalt no se dignó mirar.

Todos se preguntaban qué quería decir aquella mascarada.

Solo nuestros tres caballeros acechando tras la puerta de la estancia próxima, donde aun no había comenzado el juego, hubieran podido dar la explicación del enigma.

El anciano se detuvo delante del tapete verde.

Su erguida cabeza mostraba la belleza venerable y digna de una fisonomía noble y sexagenaria.

—¿Quién es aquí, dijo con voz dulce y firme, el que se apellida Berry Montalt?

—Yo, contestó el nabab sin volverse.

—¿Entonces, quereis seguirme? prosiguió el anciano. Tengo que hablaros.

Montalt no se movió.

—Mi digno caballero, dijo únicamente, sé lo que quereis. ¿Se trata del rapto de una jóven?

—Mi sobrina, interrumpió el anciano con sencillez.

—¿Vuestra sobrina? sea.... replicó el nabab. Y venís á proponerme un duelo.

—¡Es verdad! porque se dice que sois rico hasta el punto de despreciar las leyes.

Montalt habia abierto su libro de memorias.

—Milor, le gritó desde lejos el príncipe eslavo Bottausko, ¿tendreis la loca idea de aceptar el duelo que os propone ese pobre diablo?

—Bosque de Boloña, puerta de Orleans, pronunció friamente Montalt en vez de responder.

—Pero miradle, decian los jugadores.

—¿Qué nombre debo escribir? preguntó Montalt con el lápiz levantado.

—¡Juan de Penhoell responnió el anciano.

Montalt se estremeció é hizo un movimiento como para volverse; pero se serenó.

Una repentina palidez habia cubierto sus mejillas: su mano tembló visiblemente mientras que escribía en el libro por quinta vez:

—Juan de Penhoel, siete menos cuarto.

Nuestros tres caballeros saltaban de júbilo detrás de la puerta.

—Está representada la comedia, dijo Roberto á sus dos acólitos; ¡el viejo, sobre todo, ha estado sublime! Ahora, aun suponiendo que salga bien, mañana tenemos carta blanca á contar desde las cinco. Ninguna partida ha sido tan buena como esta.

Hasta entonces ese despacho absoluto y esa mor-

tal angustia habian sido sorprendidas de repente por las palabras de Juan.

Las preguntas principales que se le hicieron con su parte de lana y su corte de la tela le hizo pagar el precio de los negocios.

pero no se mezclaba en los negocios ajenos. Al pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO